

## ROMANTICISMO Y BOHEMIA

*Los fragmentos autobiográficos que traducimos a continuación, entresacándolos de los llamados Cuadernos de Malte Laurids Brigge, de Rainer María Rilke, se justifican suficientemente en este número de VERBUM dedicado a la conmemoración centenaria de un movimiento espiritual como el de 1830.*

*El romanticismo — se dice algunas veces sin calcular la importancia del aserto — no es sólo una escuela artísticoliteraria, y sí, ante todo, una modalidad típicamente humana: el predominio en la conducta social o en el comportamiento estético del hombre de sus capacidades sentimentales, afectivas y fantásticas. En consecuencia, y aunque la palabra romanticismo sea vocablo muy siglo XIX, la postura así calificada ha sido inherente a todos los ciclos históricos, sirviendo, en grande o pequeña medida, de fermento obligado a las diversas facciones literarias, incluso a aquellas a las que por distingo pedagógico o por contraposición polémica solemos llamar clásicas, neo-clásicas, etc.*

*Dentro de algunos años, cuando se haya avanzado un tanto en el estudio de las corrientes espirituales del primer tercio del siglo XX, esos cuadernos autobiográficos aportarán al crítico los síntomas menos equívocos, y sin duda más expresivos, del nuevo romanticismo.*

*Y ese estudio se inicia.*

*No hace mucho tiempo, Elena Vacaresco disertaba en París sobre los románticos de 1930; antes de eso, Marcel Arland había publicado en La Nouvelle Revue Française un artículo cuyo solo epígrafe — Un nouveau mal du siècle — sería decisivo para cimentar la reputación del autor; Jean Cassou sugiere ahora un título igualmente significativo: Romantisme pas*

mort; en traviesas gacetillas, Francis de Miomandre apunta insospechadas supervivencias.

Cuando la indagación de la nueva inquietud quede cumplida, se verá que, sobre la imprevisible versatilidad de las épocas, las características esenciales del romanticismo siguen siendo las mismas, y que algunos de los grandes temas de 1830 —el de la bohemia, por ejemplo— son hoy familiares, con explicables diferencias, a los neo-románticos.

No hablamos, claro es, de la bohemia a lo Murger, cuyo estrépito de mascarada, menos su silente y dolorosa intimidad, aún imitan en París —por fuerza mayor— algunos americanos sin recursos. La vida de bohemia, la auténtica, no ha consistido nunca en un mero alarde de aprietos pecuniarios, sino más bien en la laboriosa ociosidad del desocupado que sueña y piensa, o en el despilfarro cordial de los que viven de la emoción del paisaje y en la simpatía de las gentes.

A comienzos de esta centuria, que imaginamos propicia para el total olvido de las apetencias del espíritu, Rainer María Rilke, por obra del poderoso incentivo que para los seres de elección flota sobre las márgenes del Sena, supo vivir esa digna espiritualísima y fructuosa bohemia. En la confortante soledad de las jornadas parisienses, ese hijo adoptivo de Francia, venido a ella desde una Praga lejana y legendaria, supo aceptar sugerencias —sugerencias de las cosas y sugerencias de los hombres— que él mismo declaró decisivas para su destino de artista. En la ciudad que dicen alegre y que pintan frívola, el noble poeta extranjero había acertado a descubrir —panorama del alma— toda la majestad del sufrimiento humano. En adelante, ya en posesión del secreto que opera la eternidad de los libros, Rilke podía componer los suyos. Los definitivos. Los que en 1923, en vísperas de su muerte, lo promovieron a la gloria.

Una vez más, la capital del espíritu había sido consecuente. París sabe reintegrar a cada uno lo suyo y no da sino lo que se le pide. A Rainer María Rilke, la melancolía que se transfigura en el milagro de un verso. Al turista borreguil, chabacano y presuntuoso, el halago fácil o la fruición inconfesable. Y es mucho.

París, 11 de setiembre, rue Toullier.

¿Es aquí donde las gentes vienen para vivir? Sospecho que ha de ser más bien para lo contrario. He salido. He visto los hospitales. He visto un hombre que tambaleaba y caía. Los transeúntes lo rodearon, ahorrándome así lo demás del espectáculo. He visto una mujer encinta. Se arrastraba pesadamente a lo largo de un muro, alto y caldeado, hacia el que de tiempo en tiempo tendía la mano, tanteando como para convencerse de que siempre estaba allí. Sí, allí estaba. ¿Y detrás? Busqué en mi plano: "Maternidad". Bien. La librarán, pueden librarla, deben librarla. Más adelante, en la calle Saint-Jacques, un enorme edificio con una cúpula: Val de Grâce, hospital militar. En verdad no tenía necesidad de este informe, pero no importa. Por todas partes la calle empezó a despedir emanaciones. En lo que me era posible distinguir, eso olía a yodoformo, a grasa de patatas fritas, a miedo. Todas las ciudades huelen en verano. Después he visto una casa extrañamente turbia. No la encontré indicada en mi plano, pero encima de la puerta vi una inscripción todavía legible: "Asilo nocturno". A un lado de la entrada estaba la lista de precios. Los he leído. No era caro.

¿Y después? He visto un niño en un cochecito detenido: gordo y verdoso, tenía una erupción, muy visible, sobre la frente. Esta curaba y, en apariencia, no lo hacía sufrir. El niño dormía, su boca estaba abierta y olía a yodoformo, a patatas fritas, a miedo. Así era, eso es todo. Lo importante era vivir. Sí, eso era lo importante.

\*

Tengo miedo. Hay que hacer algo contra el miedo cuando se está afligido. Sería demasiado angustioso caer enfermo aquí y que a alguien se le ocurriese hacerme llevar al Hôtel-Dieu. Me moriría, indudablemente. Es un hotel muy agradable, muy frecuentado. Apenas puede mirarse la fachada de Nuestra Señora de París sin riesgo de hacerse aplastar por uno de los muchos vehículos que atraviesan la explanada a toda prisa para hundirse allí adentro. Pequeños ómnibus cuya campanilla suena ininterrumpidamente. El mismísimo señor Duque de

Sagan tendría que hacer detener todo su séquito si a uno de esos pobres moribundos se le ocurriese entrar derechamente en el Hôtel-Dieu. Los moribundos suelen tener estos caprichos, sin contar que todo París aminora el ritmo de su tráfico por el solo hecho de que a la señora Legrand, cambalachera en la calle de los Mártires, se le ocurra descender con su carretón destartalado hacia cierta plazuela de la *Cité*. Debe hacerse notar, por otra parte, que esas endiabladas ambulancias llevan vidrios opacos terriblemente intrigantes, detrás de los cuales puede uno representarse las más hermosas agonías; la fantasía de una portera es suficiente. Y si se posee más imaginación y se la deja desplegarse hacia otros rumbos, el campo de las suposiciones se hace casi infinito. Pero también he visto llegar fiacres abiertos, coches de punto con el indicador levantado, rodando según tarifa habitual: dos francos por hora de agonía.

\*

Hoy hemos tenido una linda mañana de otoño. He atravesado las Tullerías. Todo lo que estaba al este, de frente al sol, deslumbraba. La parte iluminada aparecía recubierta por la bruma como por una cortina de luminoso gris. Grises en lo grisáceo, las estatuas se calentaban al sol, en los jardines todavía velados. Erguidas en los canteros, algunas flores aisladas decían rojo, tímidamente.

\*

Días en que todo es claro, en que todo está apenas bosquejado y sin embargo distinto en el aire luminoso. Los objetos más próximos tienen tonalidades remotas, aparecen retraídos, sólo se muestran de lejos, no se entregan; y todo lo que se relaciona con la extensión — el río, los puentes, las calles alargadas y las plazas generosamente abiertas —, todo ha tomado esa especie de extensión detrás de sí mismo y se ha pintado sobre ella como sobre tejido sedoso. No es posible decir lo que puede ser entonces un carruaje color verde brillant esobre el Puente Nuevo o un rojo cualquiera, incontenible, o tan sólo ese *affiche* sobre el muro medianero, desbordando de un grupo de casas gris-perla. Todo está simplificado, reducido a unos planos precisos y claros como las caras en los retratos de Manet.

Nada es insignificante ni inútil. Los *bouquinistes* del muelle abren sus cajas y el amarillo fresco o fatigado de los libros, el castaño violáceo de las encuadernaciones, el verde más extendido de un álbum, todo concierta, cuenta, todo participa y concurre para lograr esa plenitud arrebatadora.

\*

Ahora que estoy aprendiendo a ver, creo que debería empezar a trabajar un poco. Tengo veintiocho años y, por decir así, nada me ha acontecido. Pero recapitemos: he escrito un estudio sobre Carpaccio, que es malo, un drama titulado *Matrimonio*, y versos. Sí, versos. ¡Pero qué poco significan éstos cuando se los ha compuesto en plena juventud! Debería esperarse, cosechar espiritualidad y dulzura durante toda una vida y, si fuese posible, durante una larga vida; y después, por fin, muy tarde, acaso acertaríamos a escribir diez líneas aceptables. Porque los versos no son, como creen algunos, expresión de sentimientos (los sentimientos los poseemos siempre demasiado pronto); los versos son experiencia. Para escribir un solo verso es preciso haber visto muchas ciudades, hombres y cosas: es preciso conocer la índole de los animales, intuir cómo vuelan los pájaros y adivinar el movimiento de las flores en su apertura matinal. Es preciso pensar en las rutas de tierras ignotas, en encuentros imprevistos, en partidas que se sabían inminentes, en días de infancia cuyo misterio aún no ha sido develado, en familiares que nos placía disgustar cuando nos aportaban una alegría que no acertábamos a comprender (era una alegría hecha para otro), en enfermedades pueriles que empezaban con tan singulares, profundas y graves transformaciones, en días de recogimiento en cuartos apacibles, en mañanitas al borde del mar, en el mar mismo, en los mares, en noches de viaje que palpitaban muy alto en revuelo de estrellas — y ni siquiera basta saber pensar en todo esto. Es preciso conservar recuerdos de innumerables veladas amorosas, todas diversas, de gritos de mujeres en la angustia del alumbramiento y también de blancas, de leves, de adormecidas parturientas. Es preciso asimismo haber confortado a los agonizantes y haberse sentado junto a los muertos en la habitación con la ventana abierta, donde aun llegaban, intermitentes, los rumores del mundo. Y ni

siquiera basta tener recuerdos. Es preciso saber olvidarlos cuando ya son muchos y es preciso mansedumbre y paciencia para esperar que vuelvan. Porque los recuerdos, aisladamente, poco significan. Sólo cuando se truecan en sangre, en mirada y en gesto, cuando ya no tienen nombre y forman con nuestra substancia un todo indistinto, sólo entonces puede ocurrir que de entre ellos, en hora excepcional y rara, asome, insospechado, el primer vocablo de un verso.

\*

(En la Biblioteca Nacional.)

Estoy sentado y leo a un poeta. Hay muchas personas en la sala, pero no se las oye. Están en los libros. A veces se rebullen entre las hojas, como hombres que duermen y se dan vuelta entre sueños. ¡Qué grato es estar así entre hombres que leen! ¿Y por qué los hombres no serán siempre como ahora? Podéis codear a vuestro vecino al ponerlos de pie. Si os excusáis, tornerà la cabeza hacia el lado de vuestra voz, su rostro se volverá sin veros y sus cabellos se mostrarán semejantes a los de un hombre dormido. ¡Qué grato! Estoy sentado y leo a un poeta. Quizá hay trescientos lectores en la sala, mas no es posible que cada uno de ellos tenga un poeta. Porque no existen trescientos poetas. Pero ved mi destino: yo, acaso el más miserable de los lectores, yo, un extranjero, tengo un poeta. Y eso que soy pobre. Y eso que la chaqueta que llevo todos los días comienza a gastarse en parte; y eso que mis zapatos no son irreprochables. Sin duda mi cuello está limpio e igualmente mi ropa interior. Yo podría, así como me encuentro, entrar en cualquier confitería, hasta en las de los grandes bulevares; podría alargar la mano hacia una bandeja de masas y servirme sin temor. Nadie se asombraría, nadie pensaría reprenderme o arrojarme porque es la mía una mano de buena sociedad, una mano lavada cuatro o cinco veces por día. Sí, nada hay debajo de las uñas; el índice no está manchado de tinta y las muñecas, sobre todo, muestran su pulcritud. — Bien sabéis vosotros que los pobres nunca se lavan tan arriba. De su aseo es posible sacar algunas conclusiones. Y se sacan. En los negocios, principalmente. Hay sin duda algunos individuos, en el bulevar

Saint-Michel, por ejemplo, o en la calle Racine, a quienes mis muñecas no consiguen engañar. Me miran y adivinan. Saben que en el fondo también yo soy uno de ellos, que se entretiene representando un poco de comedia. . . Sin embargo, procuran no estorbarme ese placer; gesticulan un poco y guiñan los ojos. Pero nadie los ve. Me tratan como a un caballero. Basta que haya alguien cerca de nosotros para que se muestren serviciales. Se comportan conmigo como si yo tuviese un abrigo de pieles y como si mi coche viniese detrás, siguiéndome.

A veces les doy dos sueldos, temeroso de que puedan rehusarlos; pero los aceptan. Y todo estaría bien, y yo conforme, si de nuevo no sonriesen un poco y no repitiesen sus guiñadas. ¿Qué hombres son estos? ¿Qué quieren de mí? ¿Me esperaban? ¿Cómo me reconocen? Es verdad que mi barba está un tanto descuidada y que recuerda un poco, sólo un poco, sus viejas barbas enfermizas que siempre me han impresionado. Pero, ¿es que acaso yo no soy dueño de descuidar mi barba? Así le acontece a muchos hombres ocupados, y no por eso se los cuenta entre estos náufragos de la sociedad. Porque es evidente que éstos constituyen su residuo y no son, como parece, simples mendigos. No, en el fondo no son mendigos, es necesario distinguir. Son detritus, restos de hombres que el destino ha escupido. Húmedos todavía de su saliva se adhieren a un muro, a un farol, a una columna de reclame, o corren untuosamente a lo largo de la calle dejando su huella sombría y sucia.

Es posible que un buen día se les ocurra llegarse hasta mi cuarto. Saben muy bien dónde habito y tomarán sus precauciones para no ser detenidos por la portera. Pero aquí, amigos míos, estoy resguardado de vosotros. Para entrar en esta sala es preciso una tarjeta especial. Y tengo sobre vosotros la ventaja de poseer esa tarjeta. Atravieso las calles con algún temor, es cierto; pero al fin me encuentro frente a una puerta de grandes cristales. La abro como si entrase en mi casa, exhibo mi tarjeta en la puerta próxima, rápidamente, como vosotros mostráis vuestras baratijas, aunque con la diferencia de que se me comprende y de que se sabe lo que quiero decir. Y aquí estoy entre estos libros; me siento tan lejos de vosotros como si estuviese muerto, y estoy sentado y leo un poeta.

¿Sabéis vosotros lo que es un poeta? Verlaine. . . ¿Nada?

¿Cómo es posible que no conservéis de él ningún recuerdo? No. Como era uno de los vuestros, acaso no habéis sabido distinguirlo. Vosotros no hacéis diferencias, lo sé. Pero es otro poeta el que yo leo ahora, uno que no habita en París, otro. Uno que tiene una casa apacible en la montaña. Que suena como una campanilla en el aire puro. Un poeta dichoso que habla de su ventana y de las puertas vidriadas de su biblioteca, las que reflejan, pensativas, una perspectiva amada y soledosa (1). Ese es precisamente el poeta que me hubiese gustado llegar a ser algún día, porque él sabe muchas cosas de las jovencitas y yo también hubiese podido saber muchas cosas. Sabe de jovencitas que vivieron hace cien años, y ya poco importa que ellas hayan muerto porque él lo sabe todo. Y es lo esencial. El pronuncia sus nombres, esos nombres leves, graciosamente alargados, con letras mayúsculas adornadas a la antigua moda, y dice también los nombres de las amigas mayores, los nombres en los que ya suena un poco de destino, de decepción y de muerte (2). En un cuaderno de su escritorio de caoba, tal vez puedan hallarse las cartas amarillentas, los recortes de periódicos donde están inscriptos los aniversarios, las jiras veraniegas y, otra vez, los aniversarios. . . O bien en un rincón del dormitorio, en la cómoda ventruda, acaso se encuentre el cajón en que aún se conservan los trajes de primavera; los trajes blancos que se estrenaban para Pascua, los trajes de gasa más adecuados para el tiempo de estío, entonces todavía no esperado. ¡Oh la bienaventuranza del que reposa en el cuarto de la casa familiar, entre objetos serenos y sedentarios, atento a los paros del jardín vestido de clara verdura, mientras suena, remoto, el reloj de la aldea! ¡La de hallarse sentado frente a un cálido reguero de sol de siesta, la de saber muchas cosas de las muchachas de antaño y la de ser un poeta! Y pensar que yo hubiese podido llegar a ser un poeta como ése, si después de tantos contrastes hubiese logrado arraigar en alguna parte, en alguna parte en este mundo, en una de esas casas de campo, cerradas, donde ya no va nadie. A mí me hubiese bastado con un solo cuarto (el cuarto luminoso bajo el frontón de la

(1) Rilke se refiere a Francis Jammes, el puro, el delicioso poeta campesino de Orthez, en los Pirineos franceses.

(2) Almaïde d'Etremont, Clara d'Ellebeuse, Guadalupe de Alcaraz. . .



fachada). Allí hubiese vivido con mis pobres cosas, retratos de familia, libros. Y hubiese tenido un sillón, y flores y perros, y un bastón sólido para los caminos pedregosos. Y nada más. Sólo un gran cuaderno forrado en cuero amarillento, marfileño, con un antiguo papel floreado en la hoja de guarda. En él hubiese escrito. Hubiese escrito mucho, porque hubiese tenido muchas ideas y muchos recuerdos.

Pero la vida lo ha dispuesto de otro modo, Dios sabe por qué. Mis viejos muebles se pudren en un granero donde se me ha permitido colocarlos, y yo mismo, Dios mío, no tengo techo que me abrigue. Y me llueve en los ojos.

\*

Suelo pasar frente a las tiendecillas: en la calle de Seine, por ejemplo. Son tiendecillas de anticuarios. Modestos "bouquinistes" o vendedores de aguafuertes cuyas vidrieras están sobrecargadas. Nadie entra hasta el despacho y aparentemente no hacen negocio. Pero si se echa una ojeada, se los ve sentados, siempre sentados, leyendo sin preocupaciones. No piensan en el mañana y no se inquietan ante la posibilidad de un éxito. Tienen un perro que está echado junto a ellos y retoza de buen humor, o un gato que aumenta el silencio deslizándose a lo largo de las hileras de libros, como si borrara, con el lomo, los títulos de las encuadernaciones.

¡Ah, si esto bastara! A veces quisiera comprarme una de esas vidrieras bien provistas y sentarme tras ella, con un perro, durante veinte años.

\*

Está bien decir en voz alta: "No me ha ocurrido nada". Pero, aunque diga y repita: "No me ha ocurrido nada", ¿qué adelantaría con eso? El hecho de que mi estufa se haya puesto a hacer humo y yo haya debido abandonar mi cuarto, ¿es realmente una desdicha? ¿El que yo me encuentre fatigado y transido tiene alguna importancia? Si he rodado todo el día por las calles, soy yo quien lo ha querido. Hubiese podido ir a reposar cómodamente en un sala del Louvre. Sin embargo, eso no hubiese estado bien. Ya hay ahí muchas personas que

van para calentarse. Están sentadas en las banquetas de felpa, y sus pies, sobre los radiadores, aparecen colocados uno junto al otro como botas vacías. Son hombres modestos, pobres criaturas que agradecen la tolerancia de esos guardianes de uniformes azules constelados de condecoraciones. Pero si yo entro gesticulan. Gesticulan y sacuden la cabeza. Después, si para disimular me paseo frente a los cuadros, me vigilan y siguen obstinadamente con su mirada hosca. He hecho, pues, muy bien en no ir al Louvre. He caminado sin tregua. Dios sabe los arrabales, los barrios, los cementerios, los puentes y los pasajes que he cruzado. No recuerdo dónde encontré un hombre que empujaba un carretón lleno de legumbres. Gritaba: "¡Coliflor, coliflor!", pronunciando *flor* con una *o* extrañamente confusa. Junto a él marchaba una fea y angulosa mujer que de tiempo en tiempo le daba un enviñón. Y cuando lo sentía, nuestro hombre gritaba. A veces gritaba por sí solo, pero su grito era entonces inútil, y en seguida le era preciso gritar de nuevo porque pasaban frente a la casa de un cliente. ¿He dicho que este hombre era ciego? ¿No? Y bien, era ciego. Arreglo un poco al decir esto, porque escamoteo el carretón que el hombre empujaba y simulo no haber notado que pregonaba coliflores. ¿Pero acaso es esto lo esencial? ¿Y aunque lo fuese, ¿no es más importante saber lo que yo he visto? He visto un hombre viejo que era ciego y gritaba. He aquí lo que he visto. Visto. ¿Se creerá en la existencia de casas semejantes? No; otra vez van a decir que invento. Y sin embargo es verdad, no escamoteo nada ni agrego nada. ¿De dónde lo sacaría? Bien saben ustedes que soy pobre. ¿Casas? Para ser preciso, eran casas que ya no estaban allí. Casas que habían demolido de arriba abajo. Lo que había eran las otras casas, las que se habían apoyado contra las primeras, las casas vecinas. Aparentemente, éstas corrían riesgo de derrumbarse, faltas de su primitivo sostén; todo un andamiaje de largas vigas alquitranadas actuaba de contrafuerte entre el suelo cubierto de escombros y la alta muralla desnuda. No sé si ya he dicho que es de esta muralla de lo que hablo. No era, a decir verdad, la primera muralla de las casas subsistentes (como hubiese podido creerse), sino la última de las que ya no existían. Véase su faz interna. Véase, en los diversos pisos, paredes de cuartos

donde aún se adherían trozos de empapelado, y aquí y allí el punto de encaje del piso o del techo. Cerca de la pared de los cuartos, a lo largo de toda la muralla, subsistía un espacio blancuzco por donde se insinuaba, en espirales vermiformes que parecían efectuar alguna repugnante digestión, el conducto descubierto y herrumbroso del desagüe de los retretes. El pasaje de las cañerías del gas había marcado sobre el borde de los cielo-rasos unos surcos grises y polvorientos. Los caños se retorcián inopinadamente y se adentraban luego en oscuros boquetes. Pero lo más inolvidable eran las paredes mismas. Por más brutalmente que se la hubiese maltratado, no se había podido aplastar la vida tenacísima de esos cuartos. Allí estaba todavía: se enganchaba en los clavos olvidados; se apoyaba sobre un estrecho trozo de piso; se había acurrucado debajo de las juntas donde aún palpitaba un poco de intimidad. Se la distinguía en los colores que habían ido cambiando año tras año, el azul en verde musgoso, el verde en gris y el amarillo en blanco marchito. También se la encontraba en los sitios mejor conservados, detrás de los espejos, los cuadros y los armarios, porque la vida había trazado los contornos de esos muebles y había dejado sus telarañas hasta en esos reductos ahora descubiertos. Se la encontraba asimismo en cada resquebrajadura del revoque, en las ampollas que la humedad había soplado debajo del empapelado; temblaba en los girones flotantes y transpiraba en las manchas indelebles. Y de esas paredes, antes azules, verdes o amarillas, y ahora encuadradas por los restos de los tabiques transversales ya abatidos, emanaba el aliento de esa vida, un aliento obstinado, perezoso y espeso que ningún viento había disipado todavía. Allí perduraban los soles meridianos, las exhalaciones, las enfermedades, los humos antiguos y el sudor que filtra bajo los hombros y que apesadumbra los vestidos. Allí estaban el aliento insípido de las bocas, la emanación oleaginosa de los pies, el hollín que arde, el tufo grisáceo de las patatas fritas y la infección de las grasas ya rancias. Allí el olor dulzón e interminable de los bebés mal cuidados y el sudor nocturno de los lechos juveniles. Y todo lo que ascendía a bocanadas desde el abismo callejero, todo lo que se filtraba por el techo con la lluvia, nunca pura sobre las ciudades.

Y aún había ahí muchas otras cosas traídas por los vientos caseros, esas ráfagas débiles y domesticadas que nunca salen de su calle, y aun otras cosas de origen ignorado. He dicho, ¿no es cierto?, que habían demolido todas las paredes con excepción de esta última. Es siempre a ella que me refiero. Se va a pensar que he permanecido mucho tiempo contemplándola, pero juro que me eché a correr tan pronto como la hube reconocido. Porque lo terrible es que yo la había reconocido. Todo lo que está aquí lo reconozco, y es por eso que la emoción de todo esto penetra en seguida en mí como en su casa.

Después de este esfuerzo me sentí algo agobiado, casi herido. Era, pues, un colmo que él (1) estuviese esperándome. Me esperaba en la pequeña cremería donde yo deseaba comer dos huevos fritos; tenía hambre, no había merendado en todo el día. Pero ahora tampoco podía tomar nada; aún no estaban servidos los huevos, cuando ya me arrojé hacia las calles que corrían untuosas de gente. Porque era el crepúsculo, crepúsculo de carnaval, y los transeúntes ociosos flotaban y se rozaban en el apretujamiento callejero. Y sus rostros se iluminaban con la luz de las vidrieras, y la risa supuraba de sus bocas como de heridas purulentas. Reían a más y mejor, y se aglomeraban más densamente cuanto mayor era mi impaciencia por seguir adelante. Enganché, no sé cómo, el chal de una mujer a la que arrastré en mis movimientos; algunas personas me detuvieron riendo, y sentí que hubiese debido reír, reír yo también; pero no pude. Alguien me arrojó a los ojos un puñado de *confetti* que me ardieron como un latigazo. En el cruce de las calles los paseantes estaban acuñados, imbricados unos con otros. Inútiles todas las tentativas de avance. Sólo un muelle, equívoco movimiento de vaivén. Pero aunque pareciesen detenidos, mientras contra la acera y a través de un claro en la muchedumbre yo corría alocado, eran en realidad ellos los que marchaban. Para mí nada cambiaba. Cuando levantaba la cabeza seguía viendo de un lado las mismas casas, del otro los mismos kioscos. Acaso todo estaba fijo, y sólo había tanto en mí como en ellos un vértigo que lo hacía girar todo. Pero no tenía tiempo para pensar; el sudor me agobiaba y un dolor inaguantable me envolvía como si mi sangre

(1) Uno de los pobres del Barrio latino, que eran la obsesión de Rilke.

arrastrase algo demasiado denso que me distendía las venas. Y sentía que desde hacía mucho tiempo la atmósfera estaba agotada, que ya no quedaba sino un aire viciado que mis pulmones rehusaban.

Pero ahora todo ha concluído; lo he superado todo. Aquí estoy en mi cuarto, junto a mi lámpara. Hace algún frío porque no me atrevo a ensayar nuevamente el calorífero. ¿Qué haría si empezase a hacer humo de nuevo y volviese a arrojarme a la calle? Estoy sentado y pienso: Si yo no fuese pobre, alquilaría otro cuarto con muebles menos mustios, más libres del recuerdo de los arrendatarios anteriores. Al principio me costaba grandemente apoyar la cabeza en ese sillón. Allí en su funda verde hay un hueco gris grasoso que debe adaptarse a todas las cabezas. Durante algún tiempo he tomado la precaución de poner un pañuelo debajo de mis cabellos, pero ahora estoy demasiado fatigado para hacerlo y además ese hoyo parece hecho a la medida de mi nuca. Si yo no fuese pobre empezaría por comprarme un buen calorífero, y utilizaría una fuerte y auténtica madera montañesa y no esta lastimosa carbonilla cuyas emanaciones me estorban la respiración y me enturbian la mente. Pero después necesitaría que alguien arreglase y vigilase el fuego, muy en silencio, según es mi gusto. Porque a menudo cuando estoy un cuarto de hora removiendo tizones, arrodillado junto al brasero cuyo chisporroteo me quema los ojos y apergamina la frente, de golpe abandono todas las fuerzas y las reservas de entusiasmo que había acumulado para el día, y luego, cuando desciendo entre los hombres, soy como un autómatas. Si fuese rico esquivaría las muchedumbres yendo en carruaje y pasaría en él junto a los peatones; todos los días comería en un restaurant Duval. . . y ya no iría rodando por esas cremerías. . .

¿Lo encontraría también en el Duval? No. No le permitirían esperarme. Allí no dejan entrar a los moribundos. ¿Los moribundos? Ahora que me siento abrigado en mi cuarto voy a tratar de reflexionar tranquilamente sobre lo que me ha ocurrido. Bueno es no dejar nada impreciso. Cuando entré vi que alguien ocupaba la mesa que, a mi vez, acostumbro ocupar. Saludé hacia el lado del mostrador, pedí mi comida y me senté allí cerca. Fué entonces cuando adiviné su presencia, aun-

que él no se hubiese movido. Y fué precisamente su inmovilidad lo que sentí y comprendí de pronto. Una corriente se había establecido entre nosotros y advertí que él estaba rígido de terror. Y comprendí que el terror lo había paralizado, el terror de algo que ocurría en él. Acaso se le había roto una arteria; acaso un veneno largo tiempo temido penetraba en ese preciso momento en el ventrículo de su corazón; acaso un tumor enorme se levantaba y dilataba en su cerebro, como un sol que le cambiase el aspecto del mundo. Con esfuerzo indecible me esforzaba por mirar hacia su lado, porque aun esperaba que todo eso fuese imaginario. No me había engañado, sin embargo. Allí estaba sentado, con su abrigo de invierno, negro y espeso, y su rostro gris, convulsionado, en un echarpe de lana. La boca cerrada como si un peso inesperado hubiese caído sobre ella. Imposible decir si sus ojos veían todavía: anteojos empañados y grises de humo, un poco temblones, los ocultaban. Sus fosas nasales estaban distendidas y su larga cabellera se marchitaba sobre sus sienes como bajo el influjo de un calor excesivo. Sus orejas eran grandes, amarillas, y proyectaban largas sombras detrás de ellas. Sí, él sabía que en ese momento se alejaba de todo; no solamente de los hombres. Un instante más, y todo habría perdido sentido, y esa mesa, y esa taza y esa silla en que se aferraba, todo lo cotidiano y lo próximo, se haría ininteligible, extranjero y pesado. Y así estaba esperando que todo quedase consumado. Y ya no se defendía.

Yo, en cambio, todavía me defiendo. Me defiendo aunque sepa que mi corazón está descuajado y que ya no podré vivir aunque mis verdugos se apiaden. Me digo: Nada ha ocurrido, y sin embargo sólo he podido comprender a este hombre porque en mí también acontece algo que empieza a alejarme y separarme de todo. Qué horrible me fué siempre oír decir de un moribundo: ya no conoce a nadie. Imagino entonces un rostro solitario que se levanta sobre las almohadas, que busca una cosa cualquiera, una cosa cualquiera que pueda ser reconocida, y que no encuentra nada. Si mi angustia no fuese ahora tan grande, me consolaría persuadiéndome de que es posible ver las cosas con mirada diferente, sin por eso dejar de vivir. Pero tengo miedo, miedo indecible de esa modifica-

ción. Ni siquiera me he familiarizado todavía con este mundo, que me parece bueno. ¿Qué haría yo en otro? ¡Con qué amor permanecería en medio de las significaciones que se me han hecho gratas! Y, si con todo algo debe ser cambiado, quisiera, por lo menos, poder vivir entre los perros, cuyo mundo, sin duda, es semejante al nuestro.

Todavía durante algún tiempo voy a poder escribir todo esto y dar testimonio. Pero llegará el día en que mi mano me estará distante, y cuando le ordene escribir sólo trazará frases que no habré consentido. El tiempo de otra explicación se acerca, el tiempo en que las palabras se desatarán, en que cada significación se deshacerá como una nube y se abatirá como lluvia. A pesar de mi miedo soy semejante al que está firme frente a las grandes cosas, y recuerdo que antaño sentía vislumbres parecidas cuando pensaba escribir. Un poco más y podría comprenderlo, aceptarlo todo. Un solo paso y mi profunda miseria sería felicidad. Pero este paso no puedo darlo, he caído y no puedo levantarme, estoy anonadado. Hasta ahora siempre he pensado en la posibilidad de una ayuda. He aquí, escrito de mi puño y letra, lo que he rezado noche a noche. De los libros donde he podido encontrarlo, he transcripto esto para que me fuese próximo, para que fuese, salido de mi mano, como brotado de mí mismo. Y ahora quiero copiarlo una vez más, aquí, sobre mi mesa, de rodillas; quiero escribirlo porque así lo retengo durante más tiempo que en una mera lectura, porque así cada palabra adquiere duración y tiene tiempo para trocarse en canto.

Descontento de todos y descontento de mí mismo, quisiera reconquistarme y enorgullecerme un poco en el silencio y la soledad de la noche. Almas de los que he amado, almas de los que he cantado: fortificadme, sostenedme, alejad de mí el error y las manifestaciones corruptoras del mundo: y vos, Señor Dios mío, acordadme la gracia de producir algunos versos soberanamente hermosos que me prueben que no soy la última de las criaturas, que me prueben que no soy inferior a quienes desprecio.

\*

El médico no me ha comprendido. No ha comprendido nada. Sin duda era algo difícil de explicar. Se decidió que era pre-

ciso someterme a un tratamiento eléctrico. Bien. Se me entregó una ficha: debía estar a la una en la Salpêtrière. Y estuve. Primero fué necesario pasar frente a una fila de cobertizos y atravesar varios patios donde algunas personas, con aspecto de presidiarios bajo sus gorros blancos, se estacionaban junto a árboles sin hojas. Por fin penetré en una habitación alargada y sombría con aspecto de corredor. La luz entraba allí por cuatro ventanas de vidrio turbio y verdoso, cada una de las cuales estaba separada de las otras por un trozo de muro ancho y negruzco. Un banco de madera flanqueaba el marco interior de esas ventanas. Sobre ese banco *ellos* aparecían sentados, *ellos*, todos los que me conocían y esperaban. Sí, todos *ellos* estaban allí. Cuando me hube habituado a la semioscuridad del cuarto, noté que en esa interminable fila de siluetas sentadas había otras personas, gente humilde, obreros, sirvientas y conductores. Al extremo, sobre el lado estrecho del corredor, en sillas individuales, dos mujeres gruesas se habían acomodado y charlaban animadamente: dos porteras, sin duda. Miré el reloj: la una menos cinco. Dentro de cinco, pongamos dentro de diez minutos, llegaría mi turno: la cosa no era, pues, tan terrible. El aire estaba viciado, denso, henchido por las emanaciones de la ropa y el vaho de los alientos. La frescura fuerte y creciente del éter se escurría por una hendidura de la puerta. Empecé a caminar de uno a otro extremo de la habitación. Pensé de pronto que se me había enviado allí, entre esas personas, a una consulta pública. Ello me confirmaba, en cierto modo, por primera vez oficialmente, que también yo formaba parte de esos restos del naufragio social. ¿El médico lo había leído en mi rostro? Sin embargo, yo lo había visitado con traje bastante presentable; hasta le había hecho pasar mi tarjeta. Y a pesar de eso . . . Se había enterado en alguna parte, acaso yo mismo me había traicionado. Paciencia, ya que la cosa no tenía remedio, sin contar que las gentes estaban sentadas allí muy juiciosamente y sin ocuparse de mi persona. Algunas padecían dolores y removían un poco una pierna, para soportarlos mejor. Varios hombres habían apoyado la cabeza sobre la palma de la mano, otros dormían profundamente, con sus rostros apesadumbrados como hundidos bajo el derrumbe del sueño. Un hombre robusto, de cuello grueso e hinchado, se inclinaba



hacia adelante, miraba fijamente el suelo y dejaba caer, de tiempo en tiempo, en un lugar que sin duda le parecía adaptarse particularmente a este ejercicio, un esputo que chasqueaba sobre el piso. En un rincón sollozaba un niño; había retraído hacia sí, sobre el banco, sus largas piernas flacas y las tenía abrazadas, fuertemente apretadas contra el pecho como si alguien intentase separarlo de ellas. Una mujer desgarbada y pálida, con un sombrero de crespón, adornado de flores redondas y negras, mal colocado sobre los cabellos, mostraba la mueca de una sonrisa alrededor de sus pobres labios, pero sus pupilas heridas desbordaban de lágrimas. No lejos de ella estaba sentada una chiquilla de rostro redondo y liso, cuyos ojos inexpresivos saltaban de las órbitas; la boca abierta, las encías blancuzcas, salivosas, con viejos dientes atrofiados. Y había muchos vendajes. Vendajes que rodeaban con su envoltura, vuelta tras vuelta, toda una cabeza hasta no dejar ver más que un ojo que ya no pertenecía a nadie. Vendajes que disimulaban y vendajes que dejaban adivinar lo que había debajo. Vendajes que se habían descorrido y en los que aparecía, extendida como en lecho sucio, una mano que ya no era una mano; o una pierna fajada que desbordaba de la fila, una pierna voluminosa como un hombre entero. Yo marchaba de un lado para otro y me esforzaba por mantenerme sereno. Estaba muy atento a la pared frontera. Notaba que servía de marco a cierto número de puertas de una sola batiente y que su altura no alcanzaba al techo, de suerte que ese corredor no estaba del todo separado de las piezas contiguas. Miré mi reloj. Había medido la sala de espera durante una hora. Instantes después llegaron los médicos. En primer término algunos jóvenes de fisonomía indiferente; luego aquel a quien yo había visitado en su consultorio pasó con guantes claros, sombrero luciente y sobretodo impecable. Cuando me vió se descubrió un tanto y sonrió distraidamente. Tuve, entonces, la esperanza de ser llamado en seguida. Mas transcurrió una hora. Ya no recuerdo como transcurrió esa hora. Pero transcurrió. Después apareció un hombre viejo, de delantal manchado, una especie de enfermero, que me tocó el hombro. Entré en una de las habitaciones inmediatas. El médico y los jóvenes estaban sentados alrededor de la mesa y me observaban. Se me dió una silla. Yo debía

decir entonces lo que me faltaba; por favor, brevemente porque esos señores no disponen de mucho tiempo. Me sentía en extremo molesto. Los jóvenes me miraban desde sus asientos con ese aire de superioridad y esa curiosidad de oficio que ya habían aprendido. El médico acariciaba distraídamente su barba diminuta. Sentíame próximo a deshacerme en lágrimas, pero de pronto me oí contestando en francés y con toda soltura: "Ya he tenido el gusto, señor, de darle todos los informes que podía proporcionarle. Si juzga indispensable que estos señores sean puestos al corriente, por cierto Vd. sabrá hacerlo en pocas palabras, mientras que ello sería para mí infinitamente penoso". El médico se levantó con una sonrisa cortés, se dirigió hacia la ventana con los asistentes, y pronunció algunas palabras que acompañaba con un movimiento vertical y oscilante de una de sus manos. Al cabo de tres minutos, uno de los jóvenes, miope y poco diestro, volvió a mi mesa y me preguntó procurando mirarme con aspecto severo: Duerme bien, señor. —No, mal. Después de esto se precipitó de nuevo hacia el grupo de la ventana. Se discutió todavía un momento, luego el médico se volvió hacia mí y me dijo que tornarían a llamarme. Le hice notar que había sido citado para la una. Sonrió y dibujó algunos movimientos rápidos y saltarines con sus diminutas manos blancas, como para significar que tenía mucha tarea. Regresé al corredor, donde el aire se había hecho aún más denso, y reinicié mis paseos aunque me sentía mortalmente cansado. El olor húmedo de ese encierro terminó por darme vértigo, me detuvo frente a la puerta de entrada y la entreabrí. Vi que afuera seguía la tarde y que hacía sol: esto me reanimó de un modo indecible. Pero no hacía aún un minuto que me había detenido allí, cuando oí que me hablaban. Una mujer, sentada muy cerca, junto a una mesita, me dirigió la palabra con voz sibilante: ¿Quién me había dicho de abrir la puerta?, preguntaba. Respondí que no podía soportar la atmósfera de la sala. Eso era cosa mía, pero la puerta debía permanecer cerrada. ¿No era entonces posible abrir una ventana? No, estaba prohibido. Resolví reanudar mi caminata, buscando una especie de aturdimiento que no podía molestar a nadie. Pero ahora también eso desagradaba a la mujer sentada junto a la mesita: ¿No tenía yo un lugar donde sen-

tarme? No, no tenía. Debía haber alguno, sin embargo. Pronto se halló, en efecto, un lugar junto a la chiquilla de los ojos desorbitados. Me senté con el presentimiento de que esa situación debía prepararme para cosas terribles. A mi izquierda estaba la chiquilla de las encías malas, pero sólo al cabo de un instante pude distinguir lo que estaba a mi derecha. Era una masa inmensa incapaz de moverse, que tenía una cara y una mano grande, pesada e inerte. El lado del rostro que yo veía estaba vacío, sin rasgos ni recuerdos, y era inquietante observar que los vestidos poco diferían de los de un cadáver ya pronto para ser depositado en la caja. La estrechà corbata negra estaba anudada en forma igualmente lacia e impersonal alrededor del cuello; la chaqueta había sido impuesta por otros a ese cuerpo sin albedrío. Le habían colocado la mano sobre el pantalón, allí mismo donde estaba ahora, y hasta los cabellos, rígidamente ordenados como el pelo de una bestiezuca embalsamada, parecían peinados por veladoras de muertos. Yo observaba todo eso con atención y me puse a pensar que ese era, sin duda, el lugar que me estaba destinado.

De pronto se oyeron los aullidos de un niño que parecía debatirse, a los que siguió un sollozo largo y sostenido. Mientras me esforzaba por adivinar de donde podía llegar ese estrépito, un gritito ahogado se perdió, tembloroso, y oí voces que interrogaban; luego una voz más grave que daba órdenes y después una máquina indiferente que se ponía a zumbar imperturbable. Recordé entonces esa media pared y comprendí que todos esos ruidos venían del otro lado de las puertas, donde ahora se trabajaba. En efecto, de tanto en tanto, aparecía el enfermero de delantal manchado y hacía una seña. Ya ni pensaba que pudiese llamarme. ¿Era a mí? No. Dos hombres estaban allí cerca, con una silla de ruedas. En ella depositaron la masa y vi entonces que era un viejo paralítico que aún tenía otro lado, otro lado más pequeño y gastado por la vida, con un ojo abierto, turbio y triste. Los dos hombres lo empujaron hacia el muro opuesto y, junto a mí, haciéndome lugar, quedó un ancho espacio.

Ya no recuerdo cuantos patios debí atravesar para salir. Era el crepúsculo y me perdí en el barrio extranjero, y seguí los bulevares y la infinidad de sus muros y, cuando decididamente

ya no encontraba fin, tornaba en dirección opuesta hasta una plaza, hasta una plaza cualquiera. De allí empezaba a seguir una calle y luego otras que yo no había visto nunca, y después otras. Los tranvías eléctricos llegaban a veces muy rápidos y demasiado claros; pasaban y se alejaban con su campanilleo amartillado. Sus tableros indicadores ostentaban nombres desconocidos. Yo no sabía ya en que ciudad me encontraba, ni si tenía un alojamiento, ni que podía hacer para no seguir caminando de ese modo, eterna, indefinidamente.

\*

Ayer mi fiebre amenguaba y hoy el día se inicia como primavera de imágenes. Intentaré salir; quiero ir a la Biblioteca Nacional, a lo de mi poeta, a quien no leo desde hace tiempo. Acaso a la salida atravesaré los jardines (1), lentamente. Acaso sople viento sobre el gran estanque, y vendrán niños a botar sus barquillos de velas rojas y los contemplarán luego.

Pero, en verdad, hoy no esperaba esto: ¡Yo había salido con tanto ánimo, con tanta simplicidad, tan naturalmente! Y sin embargo sobrevino un acontecimiento que me apretujó como un papel, que se desgarró y estrujó, un acontecimiento inaudito.

Ancho y vacío mostrábase el bulevar Saint-Michel y grata era la marcha por su pendiente suave. Las batientes de las ventanas se abrían en lo alto con claro tintineo de cristales y los reflejos revoloteaban como pájaros blancos. Pasó un carruaje de ruedas color rojo vivo y, más adelante, alguien llevaba un objeto verde y luminoso. Los caballos trotaban en sus arneses lucientes sobre la pista sombría y recién regada de la calle. Corría un vientecillo inquieto, manso y apacible. Todo ascendía: los olores, los gritos, las campanadas.

Pasaba yo frente a uno de esos cafés donde falsos tziganos vestidos de rojo tocan por las tardes. A través de las vidrieras abiertas huía, con los remordimientos, el tufo de la noche anterior. Mozos con el cabello fuertemente alisado se ocupaban en barrer junto a la puerta. Uno estaba inclinado y arrojaba

(1) Los de las Tullerías.

a puñados una arenilla amarillenta debajo de las mesas. Otro que pasaba junto a él, luego de empujarlo, le indicó con una seña el extremo de la calle. El mozo, que tenía el rostro rojo, miró un instante fijamente en esa dirección; luego una sonrisa se extendió sobre sus mejillas imberbes como si se le hubiese derramado. Hizo seña a los demás mozos y, mientras reía, volvió la cabeza de derecha a izquierda rápida y repetidamente para llamar a todos sin por ello perder detalle del espectáculo. Ya todos estaban de pie y miraban ese algo visible, uno buscando, otro sonriendo, otro fastidiado por no haber distinguido nada.

Empecé a sentir un poco de miedo. Un no sé qué me empujó al otro lado de la calle; me puse a caminar más a prisa y recorrí inconscientemente, con una ojeada, las pocas personas que me precedían, en las que no alcancé a notar particularidad alguna. Advertí, no obstante, que un mandadero de delantal azul, con un canasto vacío echado al hombro, seguía a alguien con la mirada. Cuando hubo visto bastante se volvió hacia el lado de las casas y, guiñando el ojo a un dependiente que estallaba de risa hizo delante de su frente ese movimiento giratorio de la mano cuyo significado es familiar para todo el mundo. Después sus ojos negros relucieron y, con aire satisfecho, vino a mi encuentro contoneándose un poco. Tan pronto como mi vista pudiese extenderse sobre espacio más amplio, yo esperaba ver no sé qué figura extraordinaria y llamativa, pero nadie marchaba precediéndome, salvo un hombre grande y descarnado, de sobretodo oscuro y sombrero flexible y negro, asentado sobre cabellos cortos de un rubio opaco. Comprobé que no había nada risible ni en el traje ni en el andar de ese hombre. Ya me aprestaba para mirar más adelante, hacia el extremo del bulevar, cuando ví que tropezaba con algo. Como lo seguía de cerca, pronto estuve prevenido al llegar a ese sitio, pero allí no había nada, absolutamente nada. Continuamos ambos, él y yo; la distancia seguía siendo la misma. Llegamos a una bocacalle: ocurrió entonces que el hombre descendió el cordón de la acera brincando más o menos como los chicos bailan o saltan cuando a veces juguetean mientras andan. De un solo tranco subió sobre la otra acera. Pero no bien se había apoyado plegó un poco una pierna y

brincó sobre la opuesta una vez, después otra y otra. Ahora ya podía tomarse ese brusco movimiento por una especie de tropiezo si uno se persuadía que había habido allí alguna bagatela, un pepino, la cáscara resbaladiza de un fruto, cualquier cosa; lo extraño era que también, también el hombre parecía creer en la existencia de un obstáculo, porque vez a vez se volvía con esa mirada un tanto contrariada y de reproche que suele dirigirse, en tales circunstancias, al sitio inoportuno. De nuevo un presentimiento admonitor me llamó hacia el otro lado de la calle, pero no obedecí y continué siguiendo a ese hombre y fijando toda mi atención en sus piernas. Debo declarar que me sentí singularmente aliviado porque durante unos veinte pasos los brincos no reaparecieron; pero al levantar la vista noté que le ocurría al hombre un nuevo percance. El cuello de su sobretodo se había desdoblado y en vano se esforzaba, ya con una mano, ya con las dos a un tiempo, para plegarlo de nuevo: no podía conseguirlo. Eso era todo lo que le ocurría. Y eso no me inquietaba. Pero noté muy pronto, con asombro sin límites, que en las manos agitadas del hombre había dos movimientos: un movimiento fugitivo y rápido que siempre levantaba el cuello y otro movimiento detallado, prolongado y reiterado con una lentitud y una precisión exageradas que debía efectuar el repliegue del mismo cuello. Esta observación me turbó de tal manera que pasaron dos minutos antes que me hubiese dado cuenta que en la nuca de este hombre, detrás de su sobretodo y de sus manos nerviosamente agitadas, había el mismo terrible temblor, a dos tiempos, que acababa de desaparecer de sus piernas. A partir de ese instante me sentí ligado a él. Comprendía que ese temblor erraba por todo su cuerpo y que el trataba de esquivarlo. Comprendí su miedo de verse expuesto a las miradas de las gentes, y empecé a observar por mí mismo, y con prudencia, si los transeúntes advertían algo. Un frío súbito me recorrió la espalda cuando sus piernas dieron de pronto un saltito convulsivo, pero nadie lo había visto y me dije que yo también tropezaría un poco en el caso de que alguien lo hubiese reparado. Era en efecto un medio de hacer creer a los curiosos en la existencia de un obstáculo imperceptible sobre el cual, por casualidad, ambos habíamos trastabillado. Pero mientras yo

me preguntaba en qué forma acertaría a ayudarlo, él mismo había encontrado un nuevo y excelente recurso. He olvidado decir que ese hombre llevaba un bastón; un bastón vulgar, de madera oscura, con un mango sencillo y redondeado. En su búsqueda ansiosa, ocurriósele la idea de mantener el bastón contra la espalda, primeramente con una sola mano (él sabía para qué podía serle necesaria la otra), muy derecho contra la columna vertebral; de apoyarlo sobre el espinazo; de deslizar la extremidad redondeada de ese sostén bajo su cuello, para sentir la dureza como un punto de apoyo detrás de la vértebra de la nuca y primera vértebra dorsal. Era una postura que no podía llamar la atención, que a lo más podía parecer un poco extravagante; pero ese día de inesperada primavera podía justificarla. A nadie se le ocurría darse vuelta y todo iba bien. Todo iba a las mil maravillas. Es verdad que ya en el cruce de la calle inmediata se produjeron otros dos temblores, dos leves temblores, reprimidos a medias, sin ninguna importancia; y uno de esos saltos, el único realmente visible, había sido tan hábilmente colocado (una manga de regar estaba echada sobre la calada) que nada había que temer. Todo iba bien todavía. De tiempo en tiempo, la segunda mano se asía del bastón, lo sujetaba con fuerza y, de inmediato, el peligro quedaba conjurado. Pero, a pesar de todo, mi ansiedad no dejaba de ir en aumento. Sabía que, mientras él realizaba esfuerzos desesperados por aparecer indiferente y distraído, los terribles sacudimientos se amontonaban en su cuerpo; se había adueñado de mí hasta angustia con que él sentía crecer y crecer esa fuerza aterradora, lo veía aferrarse al bastón tan pronto como empezaba a sentirse sacudido desde las profundidades de su ser. Y entonces el aspecto de sus manos se hacía tan severo y despiadado que yo ponía toda mi esperanza en su voluntad, que sin duda era enorme. Pero, ¿qué podía aquí una voluntad? Ya vendría el instante del agotamiento, y, sin duda, ese instante estaba próximo. Y yo que marchaba tras el hombre, con el corazón sobresaltado, yo reunía mis pobres fuerzas, como moneditas, y, mientras miraba sus manos, le rogaba mentalmente que tomase esas fuerzas si le eran necesarias.

Creo que me aceptó el préstamo. . .

Estoy acostado, en mi quinto piso, y mi día que nada interrumpe es como un cuadrante sin agujas. Del mismo modo que un objeto perdido hace tiempo vuelve a ser encontrado una mañana en el mismo lugar, sin daño ni deterioro, casi más nuevo que en el día de su pérdida, como si hubiese estado confiado a alguien, del mismo modo vuelven a encontrarse aquí y allí sobre el cobertor de mi lecho las cosas perdidas de mi infancia, y que ahora son como nuevas. Y todos los miedos olvidados están de nuevo aquí.

El miedo de que esa hilacha de lana que sale de la orla del cobertor sea dura, dura y aguda como una aguja de acero; el miedo de que este botoncillo de mi camión sea más grande que mi cabeza, más grande y más pesado; el miedo de que esta migaja de pan sea de vidrio y se quiebre al tocar el suelo, y la grave preocupación de que al mismo tiempo todo se quiebre, de que para siempre todo se quiebre; el miedo de que este borde desgarrado de una carta abierta sea algo prohibido, algo particularmente preciso para el cual ningún lugar del cuarto resultaría seguro; el miedo de tragar, si me durmiese, el trozo de carbón que está allí frente a la estufa; el miedo de que una cifra cualquiera pueda empezar a crecer en mi cabeza hasta que ya no haya lugar para contenerla; el miedo de que mi cama sea de granito, de granito gris; el miedo de gritar y de que no acudan a mi puerta; el miedo de traicionarme y confesar todo lo que me produce miedo, y el miedo de no poder decir nada, porque todo es indecible, y los otros miedos... los miedos.

He rezado para volver a encontrar mi infancia, y ella ha tornado a mí, y siento que en nada he cambiado y que para nada me ha servido envejecer.

(Fragmento de una carta.)

Procuró escribirte, aunque en verdad nada hay qué decir después de una partida necesaria. Procuró hacerlo, sin embargo; creo que debo hacerlo, aunque sólo sea por haber visto a la santa del Panteón, la solitaria y santa mujer, y el techo y la puerta y, adentro, la lámpara con su humilde círculo de luz y afuera la ciudad dormida y el río y las



lejanías al claro de luna (1). La santa vela sobre la ciudad dormida. He llorado. He llorado porque todo eso era tan imprevisto. He llorado allí mismo sin poder contenerme.

Estoy en París; los que se enteran de esto se regocijan, los más de ellos me envidian. Y tienen razón. Es una ciudad espiritualmente inmensa: grande y llena de extrañas tentaciones. Por mi parte debo confesar que he sucumbido a esas tentaciones y que ello ha marcado cambios, sino en mi carácter, por lo menos en mi concepción general de la vida, en mi vida en último caso. Una comprensión muy distinta de todas las cosas se ha formado en mí bajo esas influencias; ciertos matices que me singularizan entre los hombres mucho más que todas mis experiencias anteriores. Un mundo transformado. Una vida nueva llena de significaciones nuevas.

RAINER MARÍA RILKE.

*(Traducción de A. J. Battistessa.)*

(1) Alude Rilke al famoso fresco de Puvis de Chavannes, en el Panteón: "Santa Genoveva velando el sueño de París".